RELACIONES PERSONALES

Robinson Quintero Ruiz[1]

Bien temprano en la mañana, cuando regresaba de un extenuante turno de amanecida en el call center donde trabajaba, Andrea se topó con su expareja, otra vez borracho y salido de casillas porque no le permitían ver a su hija Katrina. Andrea vivía en un apartamento junto a su madre y su hermano menor. Le pidió a Óscar que regresara al mediodía para hablar de la situación de la niña. Óscar había sido stripper por más de diez años y ahora se dedicaba a tatuar en su propio local. Había dejado el oficio en el bar por la edad y porque su hija ya estaba para cumplir doce años de edad y no deseaba decepcionarla en lo más mínimo. Andrea sacó las llaves de su bolso para abrir la reja de la terraza cuando Óscar la jaló por el brazo.

– Cálmate que así no vas a lograr nada conmigo.
– Ya estoy mamado de que tú y tu familia me vean la cara de payaso.
– Cálmate, estas muy alterado. Aquí nadie te quiere ver la cara de payaso. Déjate de pendejadas. Óscar la soltó. Andrea pudo abrir la reja y se quitó la chaqueta que traía puesta. Le volvió a pedir que se fuera y regresara en horas del mediodía cuando ya estuviera tranquilo. Que fuera a casa a descansar porque se le notaba lo borracho que estaba. Óscar tenía una lata de cerveza en la mano. Miraba a Andrea con ojos fieros e inquietantes.

Hacía girar la lata de cerveza en su mano, pero no bebía ni un sorbo. Tenía la frente surcada por profundas líneas de expresión de tanto fruncir el ceño. Tenía la boca reseca y los ojos desorbitados. Andrea pensó en sus adentros que quizás él había estado consumiendo cocaína con algunos de sus amigos del barrio y había venido hasta acá solo para armar trifulca a como diera lugar. Óscar era alto, corpulento y agresivo cuando se tomaba unos tragos. Andrea, en el fondo, seguía queriéndolo porque a fin de cuentas era el padre de su hija Katrina. Aunque era consciente de que él se salía de la ropa fácilmente. Ella no le contestó nada más al respecto de la niña. Él volvió a enfadarse cuando ella intentó entrar y cerrar la reja en sus narices.

– Déjame ver a mi hija. Yo también tengo derecho a estar con ella. Yo soy su padre.
– Aquí nadie desconoce eso. Pero debes venir a verla cuando estés bueno y sano. En esa condición no te voy a aceptar en mi casa. Regresa cuando estés sobrio y hablamos.
– No metas las narices en lo que no te interesa. Me importa un carajo si te molesta que esté tomado y amanecido. No sé por qué te molestas, si tú ya no vives conmigo.
– Baja la voz, los vecinos están durmiendo. No armes tanto alboroto en casa ajena. Relájate.
– Qué horas son estas de llegar. Ninguna mujer decente llega de un trabajo honrado a estas horas.
– Piensa lo que te dé la gana malnacido. Te recuerdo que tienes madre y hermanas, y una hija.

Andrea sabía que no podía seguirle el juego a su ex. Él deseaba llevarla a ese terreno de las ofensas para luego tener excusas de su comportamiento agresivo. Esto no era más que una simple pataleta transformada en una tragedia por alguien que no sabía perder. Óscar estaba por cumplir los treinta y siete años mientras que ella ya había cumplido los treinta y dos. Ella trataba de entenderlo, pero él hacía cosas que la sacaban de casillas. Era mujeriego, peleonero, no asumía los compromisos de un hogar como debía ser, todo se lo gastaba en parrandas y trago. Cuando tuvieron la primera separación, en un arranque de rabia vendió los electrodomésticos y la cama matrimonial y duró encerrado cuatro días seguidos en un bar en el centro. Así de impulsivo era Óscar y ella no podía seguir soportándolo. De repente, él comenzó a golpear un árbol en la casa vecina a puño limpio. Quizás para impresionar a Andrea y lograr su cometido.

[1] Barranquilla 1969. Comunicador Social, docente, gestor cultural y escritor. Es el director general de la revista digital literaria Hojalata. Tiene publicado los siguientes libros: Tren de largo recorrido (prosa poética), El lado oscuro del trópico (crónicas urbanas), El mejor de los venenos (novela), la antología poética La vida se escribe todo el tiempo. Textos suyos hacen parte de antologías a nivel nacional e internacional.

– Cálmate, Óscar, ¿acaso estás loco?
– Cállate. Tú eres la única culpable de que me comporte así. Déjame ver a la niña y me marcho tranquilo.
– Óscar, yo ya estoy harta de tus escenas ridículas. Compórtate como un adulto. Entiéndeme, vengo cansada de trabajar para que me hagas esto. Ven luego y ves a la niña. Asunto terminado.
– Yo no me muevo de aquí sin ver a mi hija.
– Vas a salir perjudicado. Si mi mamá o mi hermano se levantan, van a llamar a la policía y a ti eso no te conviene.
– No te cansas de echarme de tu vida como si fuera un perro. Te recuerdo que Katrina también es mi hija.
– Márchate ahora mismo. Estoy hasta aquí de tus jodiendas - dijo Andrea vociferante, señalando su frente.

Óscar no tenía la intención de irse a ninguna parte. Arrojó la lata de cerveza contra el suelo del pavimento. La lata no estaba toda llena. Luego se sopló la nariz con la mano. Andrea sollozaba. Abría la boca para poder respirar. En un descuido de Óscar cerró la reja con llave. Sabía que las cosas se podían salir de control y ella era la más perjudicada.

Su ex nunca había podido serenarse luego de salirse de la ropa. Sin embargo, algo sucedió en su interior y no reaccionó de la manera en que siempre reaccionaba.

– De acuerdo Andrea, siempre tienes la razón. Me voy a ir a casa a descansar. Pero ten presente que lo hago por la niña.
– Estupendo Óscar, así debe ser siempre. Ya somos personas adultas para estar gritándonos y peleándonos cada vez que nos vemos
Óscar se tambaleó en la acera por un instante. Se quedó callado un rato y luego le dijo a Andrea que ella nunca lo había entendido de verdad. Andrea abrió la reja y se acercó vacilante. Lo abrazó y lloraron juntos.
– Lo siento Óscar. Sé que para ambos las cosas no han sido fáciles. Pero no podemos gastarnos la vida peleando frente a nuestra hija.
– Yo quiero que tú sepas que deseo dar un paso importante en mi relación con ustedes. No te pido que regreses conmigo. Sólo que me permitas estar más tiempo con mi hija. Eso es todo.
– Yo sé que si te comportas bien y te controlas, nadie te va a impedir que veas cuando quieras a Katrina. Te lo puedo asegurar. Se echaron a reír como un par de cómplices de la adolescencia. Se estrecharon las manos como un par de viejos boxeadores. Se separaron. Sabían que hoy habían llegado a un punto importante en sus relaciones personales.